

CRISTO HOYOS

Artista, historiador, educador e investigador



Cortesía: Cristó Hoyos.

Pocas veces se les pregunta a las personas que trabajan en el mundo del arte su formación, sus maestros, sus compañeros de clase o su relación y posición frente a las instituciones educativas; como si los artistas hubiesen aprendido solos y sus reacciones frente a estos edificios de poder fueran algo circunstancial. Aquí se demuestra lo contrario.

Humberto Junca: ¿Recuerda usted alguna experiencia, alguna clase, algún profesor que haya sido fundamental, que lo haya ayudado a ser quien es hoy?

Cristó Hoyos: La primera persona que me hizo sentir poseedor de alguna cualidad o talento fue una profesora que tuve como en segundo de primaria, en el pueblo en que nací, en Sahagún (Córdoba), que se llamaba **Florencia Uparela**. Ella descubre un dibujo que estoy haciendo e inmediatamente me quita del pupitre y me pasa al escritorio de ella, al que yo vi grandísimo y que estaba ubicado encima de una tarima. Fue una cosa muy especial. El resultado fue que ella empezó a quitarle los cuadernos a otros estudiantes que no dibujaban bien y me los pasaba para que los ilustrara. Lo importante es que los cuadernos estuvieran muy bonitos. Así, muchos compañeros no hicieron sus dibujos, los hice yo. Eran dibujos que ilustraban el uso de las letras. Recuerdo que ocho renglones arriba se trazaba una línea roja y allí se dibujaba una letra, una palabra y una ilustración que era la misma para todos los cuadernos. No recuerdo bien los temas, lo que recuerdo es mi perspectiva del salón desde su escritorio. Eso fue en la Escuela Urbana Para Niños de Sahagún. Luego, en primero de bachillerato tuve otra experiencia memorable en la Escuela Normal Lácides Iriarte, donde estudié mi educación secundaria con énfasis en pedagogía. Allí conocí al profesor **Juan de Dios Otero**, quien daba clases de dibujo. Él tenía un refinamiento que no era acorde con la cultura de mi pueblo y había todo un micromundo en su casa. Él vivía con sus hermanas y a pesar de que era un hogar humilde tenía un encanto muy particular: era una casa limpia con arreglos de flores y con un taller de pintura maravilloso. Cuando visité su casa fue la primera vez que sentí el olor a trementina y a linaza. **Juan de Dios Otero** me mostró un mundo estético y eso fue fundamental para mí.

H.J.: ¿Qué pintaba él?

C.H.: La mayoría de las casas del pueblo tenían un "Milagroso", un **Cristo** de semiperfil, de medio cuerpo, que él pintaba. Tiempo después y pensando en esas pinturas que él hacía, hice mi primer **Cristo**, que es bien diferente, es otra cosa. Ahora, recuerdo que la primera vez que visité su estudio, él estaba pintando una escena como sacada de la Capilla Sixtina. Estoy hablando del año 1962 y es posible que apenas estuviera entrando en mi pueblo la televisión. Las emisoras que sintonizábamos en el bajo Sinú eran, sobretudo, de Panamá o de Miami. Teniendo en cuenta ese contexto le cuento otra vivencia inolvidable: una noche mi padre me llevó a ver una película que proyectaban en la catedral muy alta de una casa de tabla y techo de zinc,



Cristó Hoyos, 'Salvador'. Óleo sobre lona costeña. 90 x 78 cm. Realizado en 9º grado siendo alumno del profesor Juan de Dios Otero (1968) en la Escuela Normal Lácides Iriarte de Sahagún-Córdoba.

que quedaba en la plaza del pueblo. Allí, por publicidad de un café de marca "Puro Almendra Tropical", proyectaron una película y esa fue la primera vez que vi una imagen en movimiento. Recuerdo estar cogido de la mano de mi papá y tener 6 o 7 años. Fue una visión paralizante.

H.J.: ¿Por qué estudió bachillerato con énfasis en pedagogía?

C.H.: La primaria la hice en una escuela anexa a la Normal y por eso pasé directamente a esta. Pero tuve un inconveniente cuando estaba en cuarto de primaria: como mi voz no cambió, mis profesores pensaron que yo no era una persona apta para ser profesor. Creo que en ese juicio también influyó mi baja estatura. En esa época los profesores debían cumplir con ciertos requisitos físicos. A mi papá le tocó hablar con el rector para que me recibieran y así lo hicieron. Ya en el bachillerato recuerdo que era muy importante el uso de apoyos didácticos audiovisuales. En esa parte sí fui un aventajado. Mis láminas educativas eran excelentes y todo el mundo las utilizaba. Hasta mis compañeras de la Normal para Señoritas venían a mi casa y me pa-

gaban por diseñar y producir materiales de apoyo. Una vez hice un televisor -el invento del momento- en 'tríplex', con su hueco y adentro metí un rollo con una secuencia de láminas que usé para enseñar en mis prácticas en la Escuela Anexa. Lo sobresaliente en mis prácticas eran esos apoyos visuales que además de pedagógicos, eran estéticos.

H.J.: ¿Qué hizo cuando terminó el bachillerato?

C.H.: Terminé en 1970. En 1969 empecé a tener más conciencia del país. Ya entraban en Sahagún emisoras como la Radiodifusora Nacional o la Radio Sutatenza y veíamos televisión nacional. También nos llegaba la prensa del interior del país y, durante unos meses, un periódico bogotano comenzó a publicar la historia de la ciudad, creo que debido a la venida del **Papa Pablo VI**, y comenzaron a sacar unas especies de postales con La Plaza de Bolívar, con Monserrate y los demás cerros de Bogotá. Comenzaron a exaltar cosas del interior del país y así tuve una información mucho más amplia de lo que estaba más allá de mi pueblo. En aquel entonces, en un lugar como Sahagún y en medio de una familia tradicional era

imposible decir "voy a estudiar bellas artes". Mi familia materna, los **Mercado Bula**, se dedicaban a la ganadería y a la agricultura. Ellos eran manteros y garrochadores de toros, y la familia de mi padre, los **Hoyos Vergara**, venían de una tradición de oficios: uno de mis tíos hacía filigrana en oro, otro era sastre, otro trabajaba el cuero.

Mi papá nació en Chinú y como la mayoría de los habitantes de esa zona y de Tuchín, Sampués y Morroa, venía de una casta de artesanos, tejedores, trenzadores, ceramistas. Aquí tengo que decir que si bien la familia de mi madre funcionaba en un medio fuerte y machista, a mí me permitieron no ser un miembro activo de esa comunidad: yo no llegaba a la finca ni a enjear ni a ordeñar ni a marcar ganado; yo llegaba a ver. Y esa sí fue una experiencia maravillosa, pues vi y descubrí un mundo con una riqueza fabulosa. Terminé mi bachillerato y no me atreví a decir "quiero estudiar bellas artes". En ese momento las carreras para hombres eran Derecho, Medicina, Ingeniería. En 1970 me presenté a la Universidad Nacional y saqué un puntaje muy bueno, de tal manera que pude haber estudiado cualquier cosa; pero no quería ser ni médico, ni ingeniero, así que entré a la Facultad de Ciencias Humanas a estudiar la carrera de Educación y, ya en ella, me dediqué a la Historia. Lo curioso es que en Bogotá me pasó exactamente lo mismo que en Sahagún: gustaron, sobre todo, los apoyos visuales de mis presentaciones, a tal grado que mis profesores de antropología me decían: "Pásese a bellas artes". Sin embargo, terminé mi carrera de Historia.

H.J.: ¿Hubo en esa carrera alguien fundamental para usted?

C.H.: Casi todos mis profesores fueron fantásticos. Por ejemplo, **Agustín Blanco** me dictó geografía pero sus clases podían terminar siendo seminarios de griego, de geología, o de política del siglo XX. Eso pasaba en las clases de **Darío Mesa**, o de '**Chucho**' **Arango**. Ahora, los dos investigadores que me hicieron tomarle aprecio a la historia fueron **Hermes Tovar** y su esposa, **Gilma Mora**. Cuando cerraban la Universidad por los paros y las huelgas, todos regresaban a sus pueblos pero yo me quedaba trabajando con ellos, asistiéndolos en sus investigaciones y, luego, al reiniciar el semestre, muchas veces lo único que tuve que hacer fue inscribir mi materia y ellos ya la daban por vista. Esa formación que tuve tan íntegra fue maravillosa y creo que no pudo ser en un mejor contexto que en el de la Universidad Nacional. Esos cinco años fueron lo mejor que me ha pasado en la vida... pese a las dificultades, a lo dura que podía ser Bogotá en ese entonces para gente como yo. La Universidad era como un resumen del país. Había gente de todos lados, de todas las razas y de todas las clases sociales, lo



Cristo Hoyos, 'Uré; Pezuña y Bahareque'. Óleo sobre lienzo, ensamble en hierro, alambre, cañas de corozo, estiércol de ganado, borax, cal y adherentes acrílicos. Dimensiones variables. 2003-2004.

cual creaba un ambiente de crítica, de conflicto, de debate que para mí fue definitivo. Además, la Universidad se convirtió en mi casa. Por mi puntaje conseguí una habitación en sus residencias para estudiantes en el Edificio Uriel Gutiérrez y así vivía todas sus posibilidades culturales, dentro y fuera de clase. Los grupos de teatro y de música que pasaban por Bogotá se hospedaban, comían y se presentaban en la Nacional. Además, me tocó ver el Museo de Arte Moderno dentro de la Universidad. ¿A qué más podía aspirar?

H.J.: Aún vivimos en una sociedad regionalista, racista y clasista. Pero hace 50 años debió ser mucho peor.

C.H.: Claro. Eso es por pura ignorancia. Porque no nos conocemos. Creo que los primeros tres meses en Bogotá fueron los más duros. Todas las tardes lloraba. Sin embargo, no me arrepiento nunca de haber estudiado en la Facultad de Humanidades de la Nacional. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es mi tiempo y mi contexto? ¿Cuál es mi momento y mi ubicación? Eso es lo mismo que nos preguntamos los artistas hoy en día, y desde mi carrera a comienzos de la década del 70 empecé a pensar en eso.

H.J.: ¿Nunca intentó pasarse a estudiar bellas artes?

C.H.: Sí, pero una persona no me lo permitió. Yo veía Historia del Arte en la Facultad de Arte, como una electiva. Ahí se me ocurrió estudiar arte, así que un día me llevé mi folder con lo que hacía para mostrárselo a un profesor a quién le dije: "Yo no soy alumno de artes, yo estudio Ciencias Humanas, pero quiero entrar a su materia. Por favor, mire lo que yo hago". Y él me dijo: "No. Usted no va a entrar a mi clase. Usted no va a estudiar arte. Siga haciendo lo que está haciendo y siga dibujando". Este profesor se llamaba Édgar Silva y era famoso porque se había ganado la Bienal Coltejer con unos paisajes gigantes hechos con los colores primarios. Lo que hizo conmigo no lo entendí en ese momento. Mucho después él me dijo: "Yo lo salvé a usted, lo guíe para que fuera lo más diferente que existe en el mundo del arte; porque si se hubiera

metido a estudiar conmigo hubiera terminado como todos nosotros". Eso me lo comentó mientras visitamos un Salón Cano, y agregó: "Mire como empiezan los de los primeros semestres, qué maravilla, qué originales, qué atrevidos que son; y mire ya como están de dóciles y alienados en los últimos semestres". De Silva aprendí que uno debe ser uno mismo y que, de cierta manera, uno debe ser insolente, libertario. De la misma manera he tenido a otros artistas cerca que sin ser mis profesores han sido definitivos para mí; es el caso de Antonio Grass. Él era pintor, diseñador gráfico, profesor, investigador e hizo una serie de libros sobre el diseño precolombino. Nunca había oído a una persona más lúcida hablando sobre las esencias y las sutiles diferencias presentes en el arte y el diseño. Era un tipo con una rigurosidad asombrosa y una fuerte convicción ética. Lo que más me impresionó fue su determinación de alejarse del mundo del arte. Recuerdo que me decía: "Son cosas muy distintas el arte y el 'mundo del arte'. El 'mundo del arte' es extraartístico, es otra cosa". Quizás por eso tomó la decisión de alejarse completamente de todo y se encerró, desapareció... y él aún está vivo.

Me es obligatorio recordar a Carlos Rojas quien me regodeó con la estética, con el gusto, con el placer. Él vivía cerca de mi casa y yo le huía porque tenía fama de irascible, de que no le gustaba nada y menos el arte figurativo. Hasta que no tuve más remedio que dejarlo entrar a ver mis obras. Cuando Carlos vio mi trabajo, tan cercano al arte popular, me dijo: "Yo empiezo desde aquí, desde lo que usted hace, desde lo popular. Por ejemplo, las pinturas de mi serie 'Colombia' pueden ser vistas como un paisaje o como un tejido, pueden ser la hamaca o la estera". Carlos me enseñó que tanto los garrochadores parientes de mi madre, como los artesanos parientes de mi padre, somos aptos para disfrutar de su arte, pues nuestra vida esta llena de los colores y formas que le dan su origen. Él logró pasar de la artesanía a la abstracción de una manera muy refinada. Fue un esteta genial. Con él aprendí a encontrar la estética en donde menos lo espera uno.

H.J.: ¿Cuándo expone sus obras por primera vez dentro del 'mundo del arte'?

C.H.: Un día, de forma insolente, en el Museo de Arte de la Universidad Nacional y viendo una exposición de dibujos de Alfredo Guerrero, me presenté como artista frente a su director, Germán Rubiano. Él se dio cuenta de mi mentira y le tuve que confesar que hacía mapas, planos, ilustraciones y otras cosas y, muy gentilmente, me informó que en la Luis Ángel Arango había un evento para gente que no había mostrado nunca y me invitó a que llevara mis trabajos. Era la versión de Nuevos Nombres de 1978. Llevé seis dibujos en plumilla coloreados a lápiz... y fui aceptado. Así comencé mi carrera como artista.

H.J.: En la entrevista pasada Mauricio Villamil lo recordó a usted como su mejor maestro en el Colegio Restrepo Millán ¿cómo llegó a enseñar allí?

C.H.: Con mi título podía enseñar materias como geografía o historia. Fue relativamente fácil conseguir un puesto a través de concursos. Yo me presenté al del Ministerio de Educación y al de la Secretaría de Educación y pasé en ambos. Dicté clases en colegios oficiales del Distrito y también en los de la Nación, por eso estuve en el Restrepo Millán, donde Villamil me conoció.

H.J.: ¿Recuerda alguna experiencia como profesor?

C.H.: Cuando trabajé con la Secretaría de Educación del Distrito conocí a su directora, la señora Cecilia de Pallini, en una escuela del sur de Bogotá, sobre el cerro, en Vitelma donde quedaba el acueducto. Era un barrio muy frío y muy pobre. Siempre he pensado que a la gente hay que cambiarle la visión que tiene del mundo, porque generalmente es muy estrecha y, a la vez, que hay que potenciar los mundos interiores, que todo el mundo tiene y que son tan profundos. Por eso, en aquella escuela inventé un mundo dentro del aula. Pinté las paredes prefabricadas como si fueran de piedra y de ladrillos, como si tuvieran enormes ventanales con vista a un paisaje lleno de

vegetación. El salón era una fábula visual. Cuando Cecilia de Pallini entró a mi clase, no podía creerlo. Entonces me dijo: "Profesor, necesito que usted trabaje conmigo". Así resulté en la Secretaría de Educación, ilustrando cartillas, textos y exámenes con mis dibujos.

H.J.: Usted fundó en Montería un Museo de Arte Contemporáneo (Muzac). Me parece que, en parte, ese es un proyecto educativo. Hábleme de eso.

C.H.: El Museo Zenú de Arte Contemporáneo se concibe en colectivo, aunque fui su principal gestor. Yo hice muchos talleres con el Museo Nacional, con el Ministerio de Cultura, con el Banco de La República, a veces en regiones muy apartadas del país; y nunca había querido hacer nada en mi región hasta que Liliana González, de la Red Nacional de Museos me pasó unos documentos que evaluaban los museos del país, sus dificultades, el porqué muchos no concretan su misión. Luego asistí a una conferencia de una española que habló de los Museos del ICOM, esa organización que agrupa a los grandes museos alrededor del mundo. Ella nos contó que en Europa también hay museos que son elefantes blancos, que no hacen nada sino gastar dinero. Y luego nos mostró una serie de estrategias alternativas que lograban superar con creces las mecánicas y los fines de los museos tradicionales: museos virtuales, espacios independientes, museos sin sedes fijas. Así, hace ocho años, con aquella información y teniendo en cuenta la situación política, económica y social tan complicada del departamento convoqué desde Bogotá a un colectivo de amigos y maduramos y ejecutamos el proyecto del Muzac. Aclaro: El Muzac no es un museo porque no tiene colección, ni sede fija, pero muestra obras y artistas que de otra forma no se verían en la región. Hemos hecho exposiciones temáticas, colectivas, individuales, antológicas, hemos hecho milagros. Los ocho años que llevo con el Muzac han sido maravillosos. Creo que todos hemos aprendido mucho, la junta directiva, el colectivo con quienes lo armamos; pero no creo que haya alguien que haya aprendido más del Muzac que yo.

VER TV
COMUNICACIONES

Calle 42 # 22 - 62 Of. 401 Bogotá DC
Email: vertvcomunicaciones@gmail.com
Tel: (57) (1) 70 28 953
www.vertvcomunicaciones.com



Comunicación estratégica

Producción de TV

Diseño y desarrollo web